

LESBIANAS Y VIOLENCIA

O MICROPOLÍTICAS QUE NOS EMPODERAN

Angélica Valderrama

Quisiera comenzar esta presentación contándoles un poco de mi experiencia como consejera en sexualidad por tres años en el Movimiento Unificado de Minorías Sexuales, Mums. Hace unas semanas una mujer pidió hora para consejería entre pares, ya en la sesión me contaba que su nombre era Rosa, trabajaba en un call center, tenía 45 años, me decía que creía que siempre había sido lesbiana, pero bueno..., que pasó el tiempo. Luego vinieron una serie de aclaraciones: que, claro, le gustaban las mujeres, pero ella no se creía hombre, ni le gustaban "todas" las mujeres y que se consideraba muy femenina. Me llamó la atención no sólo el contenido de estos discursos heteroconservadores, sino que me lo dijera, justamente a mi, sentada frente a ella, yo, con mi polera que tiene una estampa de corbata, con el pelo varonilmente corto, con pantalones comprados en la sección de hombres de una tienda, sentada de piernas abiertas, qué más masculina. En fin, a la semana siguiente me mira fijamente y me dice que, en realidad no se llama Rosa, ni trabaja en un call center, pero prefirió inventar una historia para protegerse, por si acaso...

El 26 de noviembre pasado, Mums en asociación con otras instituciones lanzó el libro: "Política, Derechos, Violencia y Diversidad Sexual: Primera Encuesta Marcha del Orgullo y Diversidad sexual –Santiago de Chile 2007", me gustaría comentar dos datos: Al preguntar a lesbianas por los lugares o instituciones de las que son fuente de discriminación los porcentajes fueron de mayor a menor: Ambiente religioso un 34%, vecinos 34%, ambiente familiar 33%, lugar de estudios 33% y amigos 31%, más por debajo Lugares de entretenimiento, Guardias de seguridad, Carabineros y Comisarias, Centros de salud y otros. Me llama la atención que la discriminación más fuerte se reporte desde los lugares o ambientes en los cuales nos desenvolvemos cotidianamente, espacios en los que nuestra lesbiandad es visible y se hace molesta para nuestros cercanos,

familiares, amigos, compañeros de trabajo o estudio. Por otro lado, al preguntarles ¿A quiénes reportaron esta agresión? las respuestas fueron: a amigos un 70 %, a familiares un 33%, no contó un 13%, muy por debajo se ubican los organismos contra la discriminación, juzgados, organizaciones LGTB y otros. Bueno, considerando las 64 horas de atención que ofrecemos mensualmente en Mums, entre consejería, atención psicológica individual y terapia de parejas, de las cuales el 70% aproximadamente son lesbianas, pienso en la cantidad enorme que no acude a Centros de Atención u otros organismos y que comenta estas situaciones de agresión con amigos, o familiares, estos mismos que anteriormente fueron consignados como principales agresores.

Desde la experiencia del Centro de Consejería y Atención Psicológica de Mums, podemos dar cuenta de la gran cantidad de personas que consultan por motivos de violencia al interior de la pareja, al preguntar si han pensado la posibilidad de alguna acción legal, en el caso que corresponda, siempre la respuesta ha sido negativa. Esto concuerda con los datos de la encuesta, judicializar esta violencia no es una alternativa, ya que para eso habría que visibilizarse y esa no es una opción. Cómo podría ser la judicialización de las violencias una solución si lo que nos interesa es dismantelar las condiciones que provocan esta violencia.

Resulta claro que antes de cualquier intervención de esta violencia entre parejas, debemos preguntarnos cómo son estas parejas, qué tipo de parejas construyen las lesbianas, son acaso una reproducción de la pareja normativa heterosexual? Una repetición de un modelo en el que no cabemos? Y qué pasa con las lesbianas que no viven en pareja?

Volviendo a mi consultante, me preguntaba, hasta qué punto el miedo nos mueve a crear vidas que no tenemos, a esconder deseos y experiencias, qué clase de sociedad nos condiciona a asumir discursos homofóbicos entre nosotras mismas que vivimos desde la diferencia, qué clase de sociedad es capaz de pasar por sobre nuestros cuerpos, nuestras direcciones erótico-afectivas y nos hace repetir y asumir esos mandatos.

Debemos preguntarnos qué violencia viven las lesbianas?, qué violencia reciben?, qué violencia ejercemos ?, qué violencia nos rodea?

Si queremos hablar de violencia digamos que luego de vivir esta discriminación por nuestra homoexistencia, debemos sortear otras violencias, porque, claro, seguramente si fuésemos lesbianas ABC1, sería otra historia, pero somos muchas las lesbianas, obreras, morenas, mapuches, peruanas, que ante la violencia por orientación sexual debemos sumar y cruzar otras violencias y ahí la lucha que damos por los derechos y la ciudadanía debe preguntarse: derechos? Ciudadanía? De quién? de las lesbianas peruanas que trabajan sin contrato en casas particulares, de jóvenes lesbianas que deben salir a temprana edad de sus casas y formar parejas porque no soportan el acoso de sus padres y la sanción de sus entornos cercanos. No es violencia acaso que debamos negar nuestra condición de lesbianas al optar por una inseminación artificial?, Esas son violencias, porque déjenme decirles que a la consejería las chicas jóvenes no vienen por problemas de identidad u orientación sexual, sino por la angustia que les provoca su vida familiar. Por la imposibilidad de pensar en seguir estudiando al salir de casa y tener que costearse arriendo, comida y otros avatares. Y en esas condiciones me parece casi lógico que la violencia se instale en las parejas y otros núcleos íntimos.

Entonces las campañas tan publicitadas contra la violencia donde queda claro que el agresor (varón) agrede a la mujer, no tienen tanto sentido para aquellas mujeres que hacen pareja de distintas formas con otras mujeres, quién sería el agresor, y peor cómo asumir la solución que se nos propone ¡DENUNCIA!, si lo que no hacen las lesbianas es acudir a las ONG, al Juzgado? a Carabineros? Claramente esas campañas no son para nosotras, no estamos consideradas en las representaciones de las violencias. Pensemos entonces en otras campañas, que cambien las condiciones que nos violentan, en las que no nos de temor decir nuestro nombre.

Si, existe este temor profundo a visibilizarse, y este es el principio de paralización frente a las violencias de todo tipo, lo primero es asumirse diferente, fuera de la norma y este debe ser nuestro grito contra la sociedad

que nos violenta al psiquiatrizar nuestros deseos, judicializar nuestros comportamientos y hacer estereotipos de nuestras vidas. Visibilizarse es tomarse los espacios y superar la victimización, esta es la primera resistencia que proponemos ante la violencia.

Propuestas para salir de la victimización: podríamos pensar en la lucha por los derechos como una posible salida, desde nuestra mirada creemos que esta lucha por los derechos no parte necesariamente por un cambio de leyes, sino por un ejercicio propio de autodeterminación, tomarse los derechos, tomarse el propio cuerpo, tomarse las relaciones. Porque no tenemos vocación de mártires no esperaremos que otros nos den lo que podemos tomar y ejercer.

Como forma de superar la victimización proponemos la conversación como forma de acción política que transgrede la dicotomía entre lo público y lo privado, y cuestiona lo público como único espacio de resistencia y lucha política. Aquellas conversaciones que se caracterizan por pertenecer al ámbito privado de nuestras vidas, con nuestras parejas, o con nuestras amistades, lejos de las miradas normativas son potenciadas y puestas en circulación, instalando vivencias, miradas y temáticas en todos los espacios, así hacemos de la práctica de la conversación un lugar de resistencia posible frente a los discursos hegemónicos de sexualidad/normalidad. Apostamos por el efecto multiplicador de la conversación, por sacarla de la esfera de lo privado y hacerla fluir tomándonos todos los espacios. Quisiera además comentarles que tengo un par de amigas que realizan un podcast con temáticas gays y lésbicas, "La guinda de la torta", programa que graban cada quince días, éste, se ha convertido en un agradable momento, escuchar a estas chicas, con una frescura, con una soltura hablar y preguntarse entre ellas, sin censura y con humor....¿ te tirarías a la amiga de tu mamá?, y si claro si la vieja esta rica por que no?, me imagino que escucho la radio y que estas conversaciones son cotidianas, que son comunes, que no tenemos temor a decir lo que nos pasa.

Luego pienso que la manera en la que me di cuenta que mi resistencia tenía sentido y que había multitudes de ciudadanías-de la diferencia, fue en el encuentro con otros y otras. Volviendo nuevamente a mi consultante, después

de un par de sesiones, acordamos que buscaría instancias para compartir con otras chicas y chicos "de la onda", y le comenté a una amiga que dirige el ciclo " cine de colores" que realizamos en nuestra sede, que había una chica que quería participar, me dio mucha alegría un par de semanas después encontrarla en una sesión del ciclo de cine muy amiga de otras, con el rostro relajado, seguramente le queda la vida entera como camino, como a todxs, pero siento que construir comunidad nos salva de la soledad de las rarezas, y nos potencia, ya no solo desde la diferencia sexual, sino desde la disidencia que vivimos.